



algar  COLECCIÓN CALCETÍN

Me llamaba Simbad

Francisco Castro

Dibujos de Bartomeu Seguí





n día le dije a mi padre:

–Tienes roja la oreja.

Y él me contestó:

–Paulo, ¡deja de decir tonterías! ¡En vez de un niño de diez años pareces un bebé de diez meses!

Qué gracioso mi padre. Qué simpático. Qué cosas más amables me dice siempre.

Se lo dije porque se pasa todo el día hablando por el móvil. A veces dejo de jugar o de ver la televisión para contar los minutos que es capaz de estar hablando sin parar. Creedme, es un fenómeno único en su especie. Su mejor marca está en veintitrés (minutos, ¡atención!, no segundos). Eso ocurrió una

vez que le llamaron de la oficina y no sé a qué hora; mamá ya estaba en la cama, y el abuelo también, y todos nos enfadamos mucho porque no se callaba y era imposible dormir mientras él seguía hablando por el móvil, sobre todo porque gritaba como un loco: «¡Eso no puede ser! ¡Pero si los presupuestos están entregados desde septiembre! ¡Quiero verlo en mi mesa mañana a primera hora!», en fin, cosas del trabajo... Aquella vez estuvo hablando sin parar veintitrés minutos seguidos con algunos segundos. Pero los segundos no cuentan para un récord. Cuentan solo los minutos. Veintitrés. O sea, que si sumamos todo el tiempo que dedica a discutir por el móvil a lo largo del día, en realidad, habla muchos minutos más de los que yo contabilizo. Muchísimos más. Una barbaridad de minutos.

Si hubiera una olimpiada de hablar por móvil, mi padre sería indiscutiblemente medalla de oro.

Por eso le dije que tenía una oreja roja. Porque era verdad, no me lo estaba inventando. La tenía roja como el tomate que le pone mamá a los espaguetis. Roja perdida de tanto hablar por el móvil. Roja y cocida como una nécora.

¡Qué buenas las nécoras!

Otro día –fue muy divertido– le escondí el móvil, por ver qué pasaba. Él entró al cuarto de

baño, para hacer las cosas que se hacen en el cuarto de baño, y dejó el móvil sobre la mesa del salón. La situación era extraña porque, normalmente, lo lleva con él incluso al baño. De hecho, lo tiene siempre colgado de una cinta con el nombre de la empresa, como si fuera una especie de collar elástico (a veces me da por pensar que incluso duerme con él, que se pone el pijama y se mete en la cama con el móvil colgado del cuello, por si le llaman durante la noche...). Así que, cuando entró al baño, tomé el aparato y lo escondí debajo de mi cama. ¡Tendríais que haber visto cómo se enfadó porque el móvil había desaparecido! Lo buscaba en la chaqueta. Lo buscaba por todas partes. Incluso rió a mamá echándole las culpas por haberlo perdido.

Pobre.

Ella dijo que mi padre estaba de psiquiatra.

No sé lo que eso significa.

Pero seguro que estaba de psiquiatra.

Al final supo que había sido yo porque el móvil sonó y, claro, siguiendo el sonido de la llamada, el aparato apareció y se dio cuenta de quién le había gastado la broma.

—¡Pareces el abuelo! —gritó encolerizado mientras recuperaba el teléfono para contestar—. ¡Todo el día

haciendo tonterías como él! Las mismas tonterías que hace el abuelo.

El abuelo, que hasta ese momento había estado callado sin decir nada mientras disfrutaba divertido de la desesperación de mi padre que andaba a la búsqueda del móvil perdido (por cierto, ¡qué título más bonito para una peli!: *Papá a la búsqueda del móvil perdido*, como de Indiana Jones o algo así), se puso serio para contestarle:

—¡Yo no hago tonterías! ¡Mi hermano Bernardino nunca me dijo que hiciera tonterías! A Bernardino todo lo que yo hago le parece lo más normal del mundo.

El abuelo, ya sabréis por qué, habla de su hermano Bernardino en cuanto tiene oportunidad. Bernardino hace eso o Bernardino dice aquello o Bernardino piensa así o Bernardino no sé qué... Bernardino lo que sea.

Hace mucho tiempo le pregunté a mi padre por el tío Bernardino (si es hermano del abuelo, debe ser tío suyo y, en consecuencia, también tío mío). Mi padre, muy serio, me contestó:

—No existe ningún tío Bernardino. Ya sabes que al abuelo no se le tiene que hacer caso. El abuelo solo dice tonterías —insistió.

Mi padre siempre está mirando el móvil, como si se le fuera a escapar o algo así; no sé, a lo mejor piensa que le pueden salir patas y que puede huir



de su vista. Se sienta a ver la tele, lo deja activado sobre la mesa de cristal y lo mira sin parar para ver si tiene mensajes o si le llaman. Yo le dije:

–Pero papá, ¡si el móvil no suena! No estás pendiente de él continuamente. Pareces un niño con su juguete...

No me contestó, pero me miró severamente, con la cara que pone cuando quiere que me calle porque, como suele decir, solo tengo diez años y, según él, no comprendo absolutamente nada.

A lo mejor es verdad que no entiendo las cosas de las personas mayores. Que no entiendo, por ejemplo, que mi padre trabaje hasta las ocho en la oficina cada día y que, cuando llega a casa, sigan llamándole por problemas del trabajo. Parece que en su oficina no saben funcionar sin él. A mí, cuando se acaban las clases y salgo por la puerta de la escuela, no me llama la maestra después a casa para ponerme más deberes (¡solo faltaría!). Pero a mi padre sí. Por eso solo piensa en el trabajo.

El otro día mamá le dijo:

–No haces más que trabajar. Deberías apagar el aparato ese cuando llegues a casa. ¿No podrías olvidar ese trastito de vez en cuando?

–Sabes que no puedo olvidarme de ese trastito como dices tú –respondió muy malhumorado–. Ahora las cosas van bien. En la empresa estamos ganando mucho dinero y si continúo así el jefe me

ascenderá de categoría. Ahora tengo que trabajar duro para progresar.

—¡Bernardino no tiene móvil! —gritó el abuelo desde su cama.

Y cuando mamá iba a mandarlos a los dos a la porra (a mi padre por no apagar el teléfono y al abuelo por hablar de ese Bernardino que no existe), el móvil sonó y mi padre —¡salvado por la campana!— se lo pegó a la oreja, se puso de pie, y empezó a pasear pasillo arriba pasillo abajo hablando de sus cosas de la oficina. O sea, dejando que la oreja se le pusiera roja. Aquel día a punto estuvo de superar el récord.

No lo superó por un minuto.

En definitiva: mi padre nunca se olvida del móvil. Puede desentenderse de mí (hay días que ni me mira) o del abuelo (lo mismo), pero no del móvil.

Mi padre trabaja una barbaridad.

Como iba diciendo, a mi padre a veces se le olvida que existo. O que existe mi madre o el abuelo. Para mi padre, casi siempre, solo existe el trabajo.

Pero el abuelo sí que se acuerda de todo. El abuelo repite sin parar las mismas cosas porque no recuerda que ya las ha dicho. Y nosotros disimulamos como si fuera la primera vez que lo oímos, exactamente lo mismo que ya nos ha dicho mil veces,

una y otra vez, y aún otra más. Porque el abuelo lo olvida todo y a veces no conoce a mi padre, y eso que es su hijo y que es fácil de reconocer porque siempre va con un móvil enganchado en la oreja roja. De mamá, por supuesto, se olvida completamente. No sabe quién es y, a veces, le dice «señora».

Lo más curioso es que del único que se acuerda siempre, pero siempre siempre siempre, es de mí.

Bueno, no del todo.

—Ven, Simbad —me llama Simbad aunque yo, en realidad, me llamo Paulo y soy su nieto (a pesar de que él no lo recuerde)—, acércame tu velero.

Y yo hago como si subiera a un barco imaginario (en realidad me subo al sofá del salón, sobre todo cuando mamá no me ve) y le digo:

—¡Tranquilo, Capitán, que ya llego!

—¿Me rescatarás de las garras de estos filibusteros?

—¡Estoy a punto de llegar! ¡Acabaré con todos!
¡Resiste!

Y al oírlo, el abuelo se ríe como un niño pequeño.

Y pasan cosas.

Pasa, por ejemplo, que se le cae la dentadura.

O pasa, por ejemplo, que tira algo al gesticular con los brazos de una manera muy exagerada, como si estuviera luchando contra esos a los que él llama filibusteros y a los que yo, por supuesto,

no conozco, porque en la escuela todavía no me han explicado nada sobre ellos.

Serán unos bichos de esos que estudiamos en Conocimiento del Medio o algo parecido.

En fin, que cuando el abuelo y yo jugamos, sucede de todo.

Sucedan tragedias.

Y cuando empiezan las tragedias llega mi padre y dice que no maree al abuelo, que no le «caliente la cabeza» (esta es una de las frases que más le gusta repetirme, como si yo fuera persiguiendo al abuelo con un lanzallamas quemándole la cabeza o algo así) y que vaya a jugar con los de mi edad.

Sí. Quizá es lo que debería hacer. Jugar con los de mi edad.

Pero casi todos los niños de diez años que conozco no son ni la mitad de divertidos que mi abuelo.

Un día, hace mucho tiempo, cuando era pequeño le pregunté:

—¿Por qué eres tan divertido, abuelo? ¿Por qué lo paso tan bien contigo?

El abuelo me subió a sus rodillas y me dijo:

—¡Porque tú eres Simbad el Marino y yo soy el Capitán de los Siete Mares! Y porque tú, Bernardino y yo somos inseparables. ¡Nosotros tres

somos los piratas más fuertes y más terribles de los océanos!

Yo, como he dicho, era muy pequeño entonces, pero no era idiota y sabía que la respuesta no era correcta.

—A ver, tú no eres como los otros abuelos. No te comportas igual ni haces las mismas cosas.

Cuando se lo dije se puso muy triste. Los ojos se le volvieron como de cristal y pensé que se iba a poner a llorar.

Me asusté.

Se quedó en silencio y después de un minuto, más o menos, me contestó:

—A veces se me va la cabeza y no recuerdo muy bien las cosas, y lo confundo todo y se me mezclan los recuerdos. Por eso los médicos quieren que tome unas pastillas y tu padre me lleva tantas veces a sus consultas para que me hagan pruebas y esas cosas.

El abuelo, después de darme esa explicación, me bajó al suelo suavemente y se puso de pie para mirar por la ventana. Estaba muy serio. Miraba hacia fuera, pero yo sabía que miraba hacia otro lugar, muy lejano.

Le pregunté:

—¿Qué miras, abuelo?

—La casa de Bernardino.

Sin saber muy bien qué pensar, me fui a jugar a la calle. Sin muchas ganas, porque mientras bajaba

en el ascensor, pensando en la cara tan seria y triste del abuelo, recordé que mis padres el día anterior estuvieron hablando de algo llamado «alzhéimer». O algo así. Me pareció una palabra fea y, no me preguntéis por qué, me dio un poquito de miedo oírlo. Eso es lo que le pasaba al abuelo, que estaba enfermo del alzhéimer ese. En realidad, no sé muy bien de qué hablaban. Pero lo que ocurrió después, lo que ahora os explicaré, hizo que lo entendiera todo.